

CAPÍTULO I
**ESTUDIO Y ESPECIFICIDAD
 DE LA CULTURA.**

RECONOCIMIENTO DE LA DIVERSIDAD HUMANA:
 LA IDENTIDAD CULTURAL

CULTURA. SINOPSIS DE SU PERIPLO HISTÓRICO

La cultura, como objeto de estudio de las ciencias sociales, se conceptualiza a partir del sujeto y el objeto¹, individuos, grupos, la sociedad misma y su organización, imaginarios, formas, figuras económicas, instituciones políticas, que se modifican continuamente. Por ello, se replantea la concepción de cultura en correspondencia con los procesos de cambio que se operan de continuo en lo social, lo político, lo económico, lo científico-tecnológico, las comunicaciones y otros, al interior de la propia cultura. De modo que la sistematización de la cultura se concibe, se plasma y funciona en correspondencia con su *praxis*, siempre diversa y renovada.

En su dinámica de concreción-derivación, la cultura sedimenta un conocimiento que se proyecta y actúa sobre la propia realidad², desde el pasado al futuro. Aunque también, esta problemática hay que estudiarla en sentido integral, o sea, de la realidad a la cultura y su plasmación de la realidad hecha cultura,

1 Hay que advertir que la dicotomía epistémica de sujeto-objeto que trabajamos aquí no se construye a la concepción científica de Galileo –ni kantiana–, en la cual el sujeto condiciona y prefija al objeto, deformando su aprehensión y entendimiento.

2 Con el cuidado de concebir epistemológicamente la realidad, no como lo dado, sino como evento, como dinámica procesual, derivativa y cargada de potencialidades, como nos advierte Theodor W. Adorno: –lo que es no es todo (Adorno, T & Popper, K.; citado por Mardones, 1999, p.39). Aunque, en otros términos, Nelly Richard se acerca sustancialmente a criterios semejantes de –lo real, cuando propone que– (...) lo real no es la realidad bruta, sino una reconstrucción posterior del proceso de simbolización que vuelve sobre lo que no pudo incorporar, designando como Real lo que se había escapado de las categorías con las que el lenguaje nombra –y domina-su objeto: << lo real está a la vez presupuesto y propuesto por lo simbólico>> (Zizek, 1992, p.221) que lo reconstruye después de haber fallado en integrarlo para explicar las deficiencias de su estructura.– (Richard, 2009; p.234).

movilizando su pensamiento (teorías, discursos, métodos, paradigmas), de modo que resulte actualizado y productivo permanentemente.

El carácter polisémico, complejo y heterogéneo de las acepciones de cultura no impide intentar aproximaciones históricas, contextuales o teóricas a sus diversos conceptos. Tal vez la riqueza de esta se encuentra en su notorio grado de indeterminabilidad y la imposibilidad de un consenso definitivo sobre sus contenidos y fines últimos; pero es necesario analizar con detenimiento la significación de la cultura, por lo que ella representa en el intercambio entre sujetos, instituciones, sociedades, e incluso –por qué no–, entre épocas disímiles si cada una de ellas ostenta una noción de cultura *sui generis*, de modo que el concepto se observe tanto en sus fases de sincronía como de diacronía. La cultura resulta entonces un espacio de diálogo y de unidad si revela tanto lo que identifica como lo que separa a unos sujetos de otros³, e incluso, al sujeto de lo que cree no ser.

Por tanto, la cultura es una construcción histórica, un horizonte simbólico donde un grupo humano organiza, despliega y desarrolla su existencia en su memoria y en su capacidad de comunicación, la cultura confiere identidad, sentido a la vida personal y social del sujeto humano.

Este estudio, por lo mismo, estima pertinente asumir un concepto amplio de cultura, vista esta como elemento transversal de la sociedad, que se acomode a su objeto, sus presupuestos, sus objetivos e instrumentalidad.

La primera mitad del siglo XX se caracterizó dentro del debate filosófico y antropológico occidental, por cuantiosos esfuerzos para avalar un concepto

3 Nelly Richard acota, a propósito, que <<[...] la identidad y la diferencia son categorías en proceso que se forman y se rearticulan en las intersecciones –móviles y provisionales– abiertas por cada sujeto entre lo dado y lo creado; [...] la identidad y la diferencia no son repertorios fijos de atributos naturales, sino juegos interpretativos que recurren a múltiples escenificaciones y teatralizaciones [...]>> (Richard, 2009, p.240).

de cultura extenso, unitario y supraordinador que, al incluir las artes y las ciencias, no se limitara a estas. Entre otros pensadores, están M. Scheller, T. S. Elliot, M. Weber, E. Cassirer, S. Freud, B. Malinoski, E. Sapir y C. Levi-Strauss. Por ejemplo, M. Scheller ontologiza la categoría de cultura, disociándola de la gnoseología y de la estética (1999). T. S. Eliot (2003) la justifica en tanto sentido de vida cuando M. Weber planea sobre el determinismo historicista del concepto. E. Cassirer (1979, p.7) la focaliza desde el humanismo y Malinowski (1973) anticipa una visión integradora y antropológica de acervo entre lo material-lo inmaterial, lo tangible-intangible.

Es solo a partir de la década de los setenta del siglo XX que se reactiva la discusión sobre el concepto cultura, entre otras motivaciones, por la polémica modernidad-postmodernidad en su versión de centro-periferia. De la quiebra de la modernidad George Steiner hace derivar una nueva concepción de la cultura; específicamente en el desmantelamiento de axiomas como progreso, en tanto relato histórico lineal y permanentemente en ascenso; ello conlleva al cuestionamiento y posposición del axioma centro como modelo irradiador de progreso y, por último, el descrédito del humanismo como paradigma de civilización y culturalidad.

El vaciamiento de axiomas modernistas de este tipo ubica el debate cultural contemporáneo en cinco problemáticas esenciales, a juicio de Ignacio Abello:

- Las relaciones entre naturaleza y cultura.
- El humanismo y los seculares problemas relativos al antropocentrismo en la dimensión cultural.
- Los fenómenos de multiculturalismo e interculturalidad.
- Los nexos actuales entre cultura y desarrollo.
- La búsqueda de una noción extensa, aunque distintiva, de lo cultural. (Abello & De Zubiría, 1998).

La cultura en el Caribe es aquello que deposita un sello en los grupos sociales de las naciones y territorios, es la subjetivación (y espiritualización) de esa sociedad que emerge y se mantiene inmersa en una forma particular de vida forjada en el decursar de períodos históricos. Como todo grupo humano, crearon una red de sentidos y significados en su interacción con la realidad, natural y social. La cultura Caribe es un universo simbólico que el hombre ha construido interactuando con la naturaleza y consigo mismo. Un entramado de significados socializados que logra toda su connotación en texto y contexto. Por eso, pensar la cultura allí resulta una construcción tan humana, histórica como cultural en sí misma (la relación de la cultura con la cultura misma, o sea, de lo fáctico cultural a lo teórico cultural). En tal sentido, un objeto científico como la cultura supone unas operatorias tan vinculantes como el propio objeto y concepto de cultura a tratar.

ALGUNAS DEFINICIONES CLAVES DEL CONCEPTO CULTURA

La cultura es el conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos, que caracterizan una sociedad o grupo social. Ello engloba, además de las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias (UNESCO, 1982, p.1).

Para mí, la cultura es el aprovechamiento social de la inteligencia humana. En el fondo, todos sabemos qué abarca el término cultura, pero no podemos expresarlo en dos palabras (García Marquez, 1996, p.112).

(...) es el factor de paz, convivencia y desenvolvimiento social, recurso de elevación espiritual, elemento de identidad, fuente de enraizamiento, arraigo y permanencia, estímulo de invención, creación y descubrimiento, soporte de diversificación, empleo, ingreso y riqueza material. (Guedes, V; citado por Howard, 2001, p.60).

(...) una interpretación global de la naturaleza, un sistema total para comprender y cambiar el mundo. La cultura abarca todas las expresiones productivas del ser humano, tecnológicas, económicas, artísticas y domésticas. Implica una relación sistemática entre cada aspecto de la vida tal como esta es vivida. (Pascalion, 1986, p.38)

A partir del planteamiento de Ignacio Abello (1998) en las cinco problemáticas propuestas para definir un concepto de cultura hacia fines del siglo XX, este se vuelve un imperativo metodológico y conceptual; no obstante, la redefinición de un concepto más abarcador de cultura, permite a Gabriel Restrepo distinguir cuatro dimensiones interconectadas. Estudia un concepto de cultura, como conjunto de significaciones, sentidos, creencias, pautas o códigos simbólicos de la acción humana (Restrepo, 2002):

- Significaciones de orden científico-tecnológico. Supone una racionalidad (saber) e instrumentalidad (saber hacer) enmarcadas en la ciencia, la técnica y la tecnología, esenciales en la sociedad moderna. Aquí, la noción cultura significa en tanto pregunta por la verdad, la objetividad y por su pragmatismo.
- Significaciones de tipo cultural como la lengua y lenguaje (gestual, visual), medios de comunicación, el arte y la literatura, tanto en su dimensión de saber, como de saber hacer. Dimensiones estas vinculadas, obviamente, a la estética (belleza, gusto, expresión, representación, entre otros).
- Significaciones garantes e integradores de tipo societal jurídicas, ideológicas, imaginarios, *ethos* (costumbre, idiosincrasia).
- Significaciones de pertinencia trascendente: meta-saber y meta-creencia. Estas, en síntesis, conciernen a la filosofía, la sabiduría y la religión.

Este análisis de la cultura como significación la concibe como discurso, representación y expresión, es decir, como un entramado de significaciones cons-

cientes o inconscientes que instauran las prácticas y los procesos sociales y que ocurren tanto en las instituciones como en el mundo de la vida.

La esencia de esta visión del concepto cultura, demuestra que los elementos de lo cultural integran de manera natural los transcurso sociales y se constituyen en campos de elaboración simbólica, de luchas y prácticas que favorecen la producción de múltiples manifestaciones, de las colectividades y pueblos, que buscan libertad, democracia, afirmación y mejores proyectos de vida en el Caribe.

Desde esta perspectiva de análisis se pueden explorar rutas interpretativas de la cultura en el Caribe, que ayuden a percibir y confrontar el desafío social que implica la coexistencia de comunidades que deben garantizar, mediante dinámicas integradoras, la reproducción material y simbólica de los miembros que la constituyen. Este abordaje plantea que los retos analíticos de la cultura en el Caribe son fundamentalmente dos. Por un lado, cómo interactúan las comunidades en cuestión, desde la otredad, donde se miran unas a otras, y cómo asumen la pertenencia regional desde la interculturalidad. Y, por otro lado, cuáles son las dinámicas de integración, pero también de exclusión, que no deben ser evaluadas en abstracto, sino respecto a contextos históricos concretos.

En el Caribe, cultura significa simultáneamente, continuidad y ruptura. Continuidad porque no se puede desconocer el horizonte histórico donde hace presencia el proceso de modernización con sus inicios diferentes y ritmos propios en cada territorio o nación, el Caribe sigue inmerso en la modernidad que no ha sido superada sino redefinida⁴. Aunque tanto en el Caribe como en América Latina, en principio, la modernización expresó desde lo social, la constitución de nación y estado, los cuales han perdido la centralidad de otros tiempos.

⁴ La realidad que se observa, hoy en día, no es una posmodernidad, sino una modernidad redefinida, de naturaleza reflexiva que problematiza sus límites al contrario de antaño cuando existía fe ilimitada en el progreso, fruto del pensamiento de la Ilustración (Beck, 1998; Beck et al., 1997).

Ruptura en tanto que las manifestaciones de los movimientos sociales son expresión del pensamiento general de la sociedad y corresponden a una determinada etapa de su desarrollo histórico; por ello, en los movimientos sociales se expresan las formas específicas y concretas que adoptan los cambios sociales, económicos, políticos y culturales en el contexto nacional y regional.

En el Caribe la necesidad de actuar de forma mancomunada en la concreción de proyectos de integración, de inclusión social, lucha contra la pobreza y los paquetes de medidas estructurales, resultantes de la modernización globalizada es importante, no hay que perder de vista el fenómeno de la identidad para asumir la forma más apropiada y objetiva respecto a la diversidad humana. La identidad es entendida como la memoria colectiva, la conciencia histórica y los lazos de unión por haber vivido los mismos procesos de éxito o fracaso, de alegría o tristeza y eso contribuye al enlace y conexión social de los pueblos.

Hay que identificar la cultura como dimensión del desarrollo material en sus vínculos con lo económico, lo social, lo político, lo medioambiental, lo ético y lo ideológico; es una actividad que genera significativas transformaciones en el entorno donde interviene. Su capacidad de síntesis en el progreso y transformación de una región le otorga la singular posibilidad de conectarse con la política integral de desarrollo en el entorno correspondiente.

LA CULTURA COMO INSTRUMENTO PARA EL CAMBIO EN EL CARIBE

La cultura es un lugar de encuentro que permite el dialogo en la diversidad, es, a su vez, un espacio de búsquedas colectivas y formulación de un proyecto de futuro para los grupos humanos. Es en la vida cotidiana de las naciones, territorios y comunidades del Caribe, y en ese espacio y ese tiempo donde transcurre el quehacer de los grupos sociales, su actividad laboral, sus relaciones familiares y afectivas, su forma de vincularse a la economía, a la actividad sociopolítica, y otras, donde la cultura alcanza su carácter variado y multifacético. Inmersos en esa cotidianidad, plena de hechos pequeños, pero

no sin significación, se construye y se desarrolla la cultura. Sobre la base de estos presupuestos, crece la conciencia acerca de la necesidad de abordar la gestión para el desarrollo de la cultura desde una perspectiva que ubique al ser humano en posesión de sus derechos, dándole un valor real a la definición de un proyecto donde la cultura se asuma como un instrumento para el cambio dirigido a crear nuevos modos de ser y de vivir en el mundo.

La cultura no puede inmovilizarse por falta de crecimiento y desarrollo; por el contrario, tiene que descubrir, hacer aflorar e incentivar las fuerzas creativas de las comunidades y de los individuos que la integran; se convierte en un impulso vivo que apunta hacia el horizonte del desarrollo cultural caribeño. Para la eficiencia en su gestión ella necesita, como uno de sus aspectos básicos, interrogantes que surjan de la invención del futuro, que no encierre al hombre en sí mismo, sino que lo abra a la creación de una perspectiva optimista.

La alternativa cultural mejor diseñada es aquella que ve a las comunidades y grupos sociales, a cada nivel de la sociedad, participando y organizando su proyecto de vida de acuerdo con su propia visión del mundo, con la defensa de su identidad, de sus valores culturales, así como con la lucha por la protección de los derechos humanos y la garantía de igualdad de oportunidades, de forma tal que se eliminen los altos niveles de exclusión y marginación social en la región.

La propia especificidad de la cultura y su expresión sintética del desarrollo, la dotan de una extraordinaria complejidad que se expresa, no solo en la valoración del pasado y del presente, sino también en la fuerza transformadora que se mueve hacia el progreso como vínculo permanente para la creación de un mundo mejor. De esta forma, concebir la cultura como instrumento para el cambio implica un proceso de creación desde las iniciativas de las naciones, territorios y comunidades de esta área de referencia, que debe asumir la responsabilidad de su futuro y redefinir los fines humanos de cada actividad,

adoptando nuevas alternativas con toda la autonomía, libertad, decisión y voluntad para trabajar en función de las transformaciones, génesis de la fuerza y de la capacidad humana para mejorar la calidad de vida de las comunidades.

Se trata de analizar a fondo los problemas, las causas que los originan, para que cada individuo actúe con una visión definida en el encuentro con nuevas alternativas económicas, políticas y sociales, para el desarrollo social y cultural. Es necesaria la construcción de una cultura de lo público, como la de todos, que amplíe el crecimiento del tejido social, la participación democrática y la reconstrucción de la sociedad civil.

La cultura en el Caribe y América Latina debe ser el eje de un proceso que modifique la simbología y los imaginarios colectivos, conectados a la desilusión, la desesperanza y la desconfianza.

El rescate de la identidad, vista en la pluralidad, la diversidad, la multiculturalidad, la interculturalidad, serán esenciales para generar procesos de integración y diálogo orientados a la solución de conflictos, a la creación de pactos entre culturas, grupos, naciones y territorios. La solidaridad y la cooperación para el desarrollo de la región.

LA RELACIÓN CULTURA Y DESARROLLO EN EL CARIBE

La cultura, como proceso de conversión del hombre y agente del movimiento histórico, presupone la formación del individuo como personalidad integral y su existencia como ser social. Se concreta en la de cada hombre marcado en su tránsito por diferentes grupos de pertenencia, caracterizados por distintos fines, composición y niveles de organización, establecidos a su vez en contextos sociales y ambientales particulares. Un modelo y un futuro propios no pueden construirse ajenos a la comunidad, escenario donde se producen y re-producen las esencias del ser humano y donde se construyen y expresan las representaciones de sí mismo y de su entorno.

Pudiera decirse que cultura y sociedad, cultura y desarrollo, constituyen y albergan una dinámica que anuda conexiones estratégicas, porque esa dinámica plantea de entrada la co-presencia de temporalidades pre-modernas, modernas y postmodernas en territorios, naciones y comunidades del Caribe, cuya sensibilidad y visiones del mundo corresponde a sus propios momentos histórico-concretos, lo que implica una multiplicidad de modos de inserción de las poblaciones en los ritmos y las modalidades del desarrollo.

Martín Barbero (2005) afirma que:

Las políticas neoliberales en su globalización agravan las tensiones entre un estado convertido en intermediario de los mandatos del FMI, el BM y la OMC, y una sociedad cada día más desigual y excluyente, con porcentajes crecientes de población por debajo de los niveles de pobreza y con millones de habitantes obligados a emigrar hacia EE.UU. y Europa. Al erigirse en agente organizador de la sociedad en su conjunto, el mercado está redefiniendo la misión del estado en Latinoamérica y el Caribe mediante una reforma administrativa con la que se le descentraliza, aunque no en el sentido de una profundización de la democracia, sino en el debilitamiento como actor simbólico de la cohesión nacional. (Martín-Barbero, 2005, p.37)

La fuerza del desarrollo es identificada en los países por su capacidad de actuación autónoma para transformar el curso de los acontecimientos y los procesos, lo cual indica que, para asumir los retos de la globalización, es indispensable trabajar en los numerosos substratos culturales de cada país. En el Caribe, el proceso de modernización desde el pensamiento desarrollista, creó una idea de oposición entre tradición y progreso, donde una excluía a la otra dando lugar a un juicio estrecho y limitado de la relación dialéctica entre la permanencia y el cambio. Los pueblos del Caribe han de trabajar para integrar en su tradición, el conocimiento científico y el desarrollo tecnológico desde una concepción de modernidad objetiva y actualizada.

El desarrollo cultural, entendido como la capacidad para satisfacer las necesidades reales de la población, debe crear un ambiente propicio para que las comunidades se desarrollen vinculadas a la ciencia, los conocimientos, la tecnología, la salud, el medioambiente y las relaciones sociales, sin perder de vista que el centro de gravedad de la noción desarrollo se mueve de lo económico a lo social, desde la perspectiva del desarrollo integral.

Oportuna y previsoramente, Castro (1999) precisó:

La economía capitalista no garantizará el desarrollo de la humanidad pues no tiene en cuenta las pérdidas, en términos culturales y humanos, de su propia expansión, no sólo, no garantiza el desarrollo perspectivo de la humanidad, sino que, como sistema, pone en riesgo la propia existencia de la humanidad. (p.1)

El indiscutible fracaso de los modelos de desarrollo (neoliberal) que ha vivido el Caribe, y otros países en el mundo, obliga a nuevas alternativas. La vía que parece más eficiente es la búsqueda de estrategias en la cultura, inmersas en el desarrollo cultural. Este sería, por lo mismo, un proceso dirigido a potenciar las capacidades creadoras, la circulación y la utilización de los valores culturales, a desarrollar la participación social, de forma activa y creadora y a dinamizar el desarrollo de las restantes esferas de la vida económica, integrando las diferentes fuerzas sociales⁵.

Las relaciones del Estado con la cultura se hallan también crecientemente mediadas por lo que la reducción del Estado, exigida por la política neoliberal, implica de achicamiento de los recursos económicos y la tendencia estatal a recortar los presupuestos destinados a la cultura por no considerar a ésta ni

⁵ Nótese cómo la UNESCO (1997) expresa con claridad que –El desarrollo disociado de su contexto humano y cultural es crecimiento desprovisto del alma. El florecimiento del desarrollo económico forma parte de la cultura de un pueblo, aunque no sea ésta la opinión común– (p.12).

prioritaria en el plano de las demandas sociales, ni rentable en términos productivos, ni estadísticamente significativa para sus intereses electorales (Ruiz Dueñas, 2000).

Para concebir la cultura como elemento potenciador del desarrollo por considerarla como un eje transversal que atraviesa toda la sociedad, es indispensable aproximarse a una definición de cultura donde aflora en toda su diversidad el papel que a ella le corresponde en la sociedad. Nuestra visión transita por las concepciones que ve a la cultura vinculada a los problemas económicos, sociales, políticos, ideológicos, morales, ecológicos e históricos, que interactúan permanentemente en el seno de cualquier formación económico-social.

El desarrollo cultural prospera cuando está arraigado en la cultura y la tradición de los pueblos, porque es un proceso global, vinculado a los propios valores de la sociedad y exige participación de todos los individuos.

En el Caribe, la globalización económica es percibida sobre dos escenarios: el de la apertura nacional exigida por el modelo neoliberal hegemónico, y el de la integración regional con la que los países buscan insertarse competitivamente en el nuevo mercado mundial. Ambos colocan la sociedad de mercado como requisito de entrada a la sociedad de la información. El escenario de la apertura económica se caracteriza por la desintegración social y política de lo nacional. Pues la racionalidad de la modernización neoliberal sustituye los proyectos de emancipación social por las lógicas de una competitividad cuyas reglas no las pone ya el Estado sino el mercado, convertido en principio organizador de la sociedad. ¿Y cómo construir democracia en países donde la polarización social se profundiza, colocando al cuarenta por ciento de la población por debajo de los niveles de pobreza? ¿Pueden revertir las instituciones políticas los procesos de concentración del ingreso, la reducción del gasto social, el deterioro de la esfera pública?, Qué viabilidad pueden tener proyectos nacionales cuando los entes financieros transnacionales sustituyen a los Estados

en la planificación del desarrollo?, ¿Cómo reconstruir ahí sociedades en las que reencuentren sentidos los intereses colectivos y formas de la ciudadanía que no se agoten en el consumo? El crecimiento de la desigualdad atomiza la sociedad deteriorando los mecanismos de cohesión política y cultural, y desgastando las representaciones simbólicas (Martín-Barbero, 2005).

Las principales estrategias de la concepción desarrollista que proclaman los llamados países desarrollados están dadas para implantar en las naciones y territorios del Caribe mayor dependencia. Ellos estimulan un desarrollo basado en el crecimiento material desde la modernización y la imitación de los países de occidente. Consideran además un proceso por etapas que permite situar a unos en el primer mundo, y otros en el segundo y tercer mundo. En fin, conciben solo un desarrollo material, desprovisto del hombre.

El capitalismo ejerce todo su poder y fuerza para barrer cuanto le estorbe en el camino (Castro, 1999). Cuando la cultura y los modelos de desarrollo han ignorado lo cultural, los procesos han fracasado o no han tenido el éxito que se esperaba.

La convergencia entre sociedad de mercado y racionalidad tecnológica, disocia la sociedad en sociedades paralelas: la de los conectados a la infinita oferta de bienes y saberes y la de los excluidos a la información.

Con el anterior planteamiento, es factible pensar que, si de un lado la revolución tecnológica de las comunicaciones agrava la brecha de las desigualdades entre sectores sociales, entre culturas y países, de otro lado moviliza también la imaginación social de las colectividades, potenciando sus capacidades de supervivencia y de asociación, de protesta y de participación democrática, de defensa de sus derechos sociopolíticos y culturales.

Las transformaciones que se han producido en la realidad histórica actual,

caracterizada por la globalización, el desarrollo creciente de relaciones internacionales y transnacionales cada vez más planetariamente abarcadoras, tienden a interconectar a los pueblos del mundo, sus instituciones y sus culturas, redefine las dinámicas económicas, políticas, sociales y culturales de las sociedades contemporáneas y en particular las de la región del Caribe.

De esta manera, la globalización es un proceso económico pero que incluye, entre otros, la tecnología, la cultura, los derechos humanos y la comunicación, y en este sentido se da un fenómeno de interdependencia que en ningún caso anula los estados-nación o las instituciones y organismos existentes, pero plantea nuevos retos a la gestión y al gobierno de las sociedades desde una problemática nueva.

La globalización provoca al mismo tiempo procesos de inclusión y exclusión que funcionan a través de redes, regidas por los circuitos dominantes que solo atienden lo que tenga validez a la razón del mercado y la racionalidad tecnológica. Aunque hubo globalización en el pasado, el impacto de esta, de la interconexión a nivel mundial, se ha ampliado, intensificado y acelerado (Castells, 2004).

Desde estos análisis y fundamentos, se entiende que el sentido de la cultura hoy se ha modificado sustancialmente, ya que los procesos recientes de globalización económica y política, los debates en torno al crecimiento y al desarrollo, han permitido superar los primeros enfoques sobre la cultura.

Los procesos actuales de globalización económica han influido en el análisis de la dimensión cultural en el Caribe. Para entender las dinámicas de la interacción social hoy, es necesario tener en cuenta las transformaciones que provocan la concentración y centralización de los mercados, de las finanzas y de los procesos económicos en general. El mundo, convertido en una aldea por el alto grado de interconexión entre las naciones, requiere tomar en

consideración las siguientes modificaciones que a partir de los años setenta caracterizan el panorama socio-cultural:

- El predominio de las industrias electrónicas de comunicación sobre las formas tradicionales de producción y circulación de cultura, tanto ilustrada como popular.
- El desplazamiento de los consumos culturales de los equipamientos públicos (teatros, cines, bibliotecas, casas de la cultura y salas de concierto) a los medios electrónicos que llevan los mensajes a domicilio (radio, televisión, video, internet y redes sociales en general).
- Disminución del papel de las culturas locales, regionales y nacionales ligadas a territorios e historias particulares en beneficio del incremento de los mensajes generados y distribuidos mediante circuitos transnacionales.
- Redistribución de responsabilidades del Estado e iniciativa privada respecto de la producción, financiamiento y difusión de los bienes culturales (Abello, De Zubiría & Sánchez, 1998).

El énfasis en que la cultura es una construcción histórica, un horizonte simbólico donde un grupo humano organiza, despliega y desarrolla su existencia en su memoria y en su capacidad de comunicación que confiere identidad, pero también otorga sentido a la vida personal y social del sujeto humano, permite sustentar desde categorías antropológicas que la cultura se asienta en la construcción de un conocimiento que no solo se ocupa de significaciones simbólicas objetivas y subjetivas de los grupos sociales, ni se limita al contexto hermenéutico, ella, a la luz de los nuevos presupuestos de las ciencias sociales debe expresar una posición capaz de intervenir en la realidad social, acorde con los acontecimientos y el devenir histórico que a lo largo del siglo XXI exigen sujetos cuyos proyectos sean la expresión del proceso social –económico-político– de su realidad histórico concreta.

El Caribe necesita poner en discurso la experiencia cultural de este fin de siglo, cuya base son las transformaciones producidas por la revolución de las tecnicidades, la cual produce en las colectividades de esta región una seducción tecnológica con el realismo de lo que es irrevocable en este siglo. La convergencia tecnológica propiciada por la revolución digital, cuyas aplicaciones abren un amplio abanico de posibilidades a la comunicación humana, y ese hecho la convierte en una cultura del *software* que conecta la razón a estos artefactos con una emocionalidad personal que se convierte en el centro de la vida. La fascinación que crea la tecnología desencadena múltiples singularidades: Por un lado, se produce el debilitamiento de lo público, frente a una amplia profusión de las comunicaciones. La más extensa disposición de la información, cuando en realidad la educación formal cada día se deteriora más con el crecimiento insospechable de signos y símbolos en una sociedad que sufre la más débil valoración simbólica. Como consecuencia, se empobrece la experiencia de la práctica cotidiana con la continua explosión de imágenes producidas por los centros de poder.

La desintegración de la época postmoderna resalta el interés por mostrar el mundo como identidad única, criterio que ha creado una de las peores limitaciones de la cultura globalizada, que en realidad se propone eliminar y borrar las historias de los pueblos con la simulación de una aceptación de lo local; cuando en realidad destruye las memorias colectivas y esconde su verdadero hegemonismo⁶, aparentando nuevas alternativas.

CONCEPTO DE IDENTIDAD CULTURAL

La identidad cultural, como la define la Unesco:

(...) parece constituir hoy uno de los principales motores de la historia

⁶ Al problema actual de la interculturalidad y el multiculturalismo (entre otros muchos problemas) numerosos estudiosos le han dedicado reflexiones y propuestas de indudable interés; entre los cuales hay que mencionar a Néstor García Canclini, Jesús Martín-Barbero, Nelly Richard, Walter Mignolo, Beatriz Sarlo, Román de la Campa, Pedro Morandé, Nicolás Casullo, Slavoj Žižek, George Yudice, Leopoldo Zea, Santiago Castro-Gómez, etc. Considerando la actualidad de la problemática y la ejemplaridad de los textos de estos autores sobre el asunto, obviamos entrar en una descripción que, por puntual en este momento, resulte abrumadora si no redundante.

(...) lejos de coincidir con un repliegue sobre un acervo inmóvil y cerrado en sí mismo, es un factor de síntesis viva y original perpetuamente recomenzada. La identidad representa, de este modo y cada vez más, la condición misma del progreso de los individuos, los grupos, las naciones. Pues es ella quien anima y sostiene la voluntad colectiva, engendra la movilización de los recursos interiores para la acción, transforma el cambio necesario en una adaptación creadora. (Unesco, 198, p.51)

La identidad cultural de las naciones y territorios del Caribe se conforma a través de su historia y del conjunto de obras que la explican, como sus mitos, sus costumbres, su producción artística, sus monumentos, las diferentes lenguas y las tradiciones orales; en resumen, su patrimonio cultural. Además de estas manifestaciones tangibles, la identidad cultural es el sentimiento que experimentan los miembros de esas colectividades representando la memoria, la conciencia colectiva de un grupo, respecto al cual, cada persona se orienta de manera más o menos consciente y extrae espontáneamente determinados comportamientos y actitudes que todos consideran significativos.

La identidad cultural es el lugar en que se vive la cultura como objetividad y subjetividad, en donde la colectividad se piensa como sujeto, es una mediación histórica inacabada entre permanencia y cambio, tradición y renovación, una vivencia y re-interpretación incesante de los problemas fundamentales de la humanidad en el Caribe. No cesa de hacerse y deshacerse, es multiforme y complementaria por su carácter individual, colectivo, nacional y cosmopolita.

FACTORES PRINCIPALES

En la configuración de la identidad cultural de un pueblo se integran, entre otros, cuatro factores principales:

- El factor histórico: es la memoria o conciencia histórica.
- El factor lingüístico: la lengua como señal de identidad.
- El factor político: el ejercicio de la autonomía y soberanía política.
- El factor psicológico: la forma de compartir rasgos comunes que conforman la personalidad básica o carácter social.

El tema de la identidad cultural en el Caribe puede ser abordado desde múltiples perspectivas: desde la política como forma y defensa del propio ser nacional; desde la ciencia de la comunicación para relacionarlo con el impacto de las redes sociales y su incidencia en la cultura de los territorios y naciones; desde la producción artística en la medida que los creadores y artistas quieran expresar, en su producción, lo que son como pueblo o nación, desde la crítica social para demostrar los mecanismos de dominación ideológico-cultural que deforman el modo de ser caribeño.

En estos momentos donde el mundo tiende a ser cada vez más interdependiente, se necesita afianzar las propias peculiaridades, pero al mismo tiempo abrirse a recibir los valores culturales de otros pueblos; se necesita preservar la memoria histórica que constituye uno de los elementos esenciales de la identidad, concebida esta como parte de un proceso abierto y dinámico que permita la apropiación e incorporación de nuevos valores.

La interpretación dinámica del concepto identidad cultural la podemos plantear a través de pares conceptuales que indican su interacción y complementación con una perspectiva dialéctica en el manejo del concepto.

PARES CONCEPTUALES

Pasado	←→	Presente
Tradición	←→	Proyección al futuro
Memoria Colectiva	←→	Cambio
Permanencia	←→	Lo ajeno
Lo propio	←→	Préstamo Interacción
Apropiado	←→	Lo que nos caracteriza
Único	←→	Diverso
Igualdad	←→	Diferencia
Homogéneo	←→	Plural Heterogéneo

Gráfica N°1
Pares conceptuales
Tomado de Rousseau (1999)

Entender las transformaciones que han ocurrido en la cultura, nos está exigiendo asumir que identidad significa e implica hoy dos dimensiones diametralmente distintas, y hasta ahora radicalmente opuestas. Pues hasta hace muy poco decir identidad era hablar de raíces, de raigambre, territorio, y de tiempo largo, de memoria simbólicamente densa. De eso y solamente de eso estaba hecha la identidad. Pero decir identidad hoy implica también –si no queremos condenarla al limbo de una tradición desconectada de las mutaciones perceptivas y expresivas del presente– hablar de migraciones y movilidads, de anclaje e instantaneidad, de redes y flujos. Antropólogos ingleses han expresado esa nueva identidad a través de la espléndida imagen de *moving roots*, raíces móviles o mejor de raíces en movimiento. (Martín Barbero, 2002, p.8)

La nueva visión sobre la identidad aún es inaceptable para algunas disciplinas como la antropología, sociología e historia, pero esta parábola permite distinguir las realidades que se manifiestan en el mundo donde vivimos, como afirma el antropólogo catalán, Eduardo Delgado, “sin raíces no se puede vivir, pero muchas raíces impiden caminar”, (citado por Martín Barbero, 2002, p.8).

La identidad hoy se relaciona con itinerarios, trayectos y relatos, que describen y representan historias para ser tomados en consideración por los otros, sin decir que y quienes somos no podremos ser conocidos porque sin la historia, sin la leyenda del acontecer de nuestras vidas cotidianas no hay identidad, ella manifiesta lo que somos, por eso la diversidad de las culturas solo será registrada cuando las colectividades del Caribe cuenten y narren la diversidad de las identidades de los territorios y naciones, tanto en los idiomas particulares como en los lenguajes multimedia y audiovisual., de lo oral al uso de las nuevas tecnologías.

Identidad y comunidad desde el Caribe

Ha sido descubierta América y de repente por una serie de circuns-

tancias, resulta que nuestro Caribe se hace teatro de la primera simbiosis, del primer encuentro registrado en la historia entre tres razas que como tales no se habían encontrado nunca: la blanca de Europa, la india de América y la africana. Una simbiosis monumental de tres razas por su riqueza y sus posibilidades de aportaciones culturales que habrían de crear una civilización enteramente original. (Carpenter, 1964, p.91).

La identidad cultural de una comunidad expresa su diversidad y dinámica. Cada comunidad porta y genera valores particulares de cultura material y espiritual que caracterizan, en sus rasgos más generales, a los individuos que la integran. La autoconciencia de ellos como grupo social constituye su identidad. Otros autores la piensan como una forma que categoriza la otredad y mismidad, basada en la diferencia cultural.

La identidad abarca cómo son los pueblos y cómo creen que son; es comunidad. Es igualdad dentro del conjunto que integra esa identidad y diferencia con otros conjuntos; por eso hay que entenderla como consciencia de mismidad y de otredad (diferencia). En la medida que los pueblos o comunidades del Caribe, marcan su sentido de identidad, expresan su diferencia de los demás.

Esto significa algo aparentemente contradictorio, pero a la vez dialéctico, y es así como se construye la diferenciación en el mismo proceso de construcción de la identificación.

En la medida que una persona se reconoce como activo, que puede modificar su entorno, que tiene una historia común con otros hombres, que su modo de vida tiene tanto de sus antecesores como de sí mismo, y que los símbolos que él ama significan igual para otros, se siente parte de un esfuerzo colectivo que se expresa en el sentido de identidad.

El sentido de identidad en el Caribe, es la comprensión de pertenecer a un grupo, a un momento histórico, a un espacio territorial dado; aquello que genera formas propias que caracterizan y distinguen a un grupo de otro. Características distintivas que comparten los integrantes de esos territorios y naciones que viven en un mismo espacio geográfico, pero se reconocen entre sí desde la perspectiva de la multiculturalidad, valorando y respetando la otredad.

La identidad del hombre del Caribe presupone sentimientos de pertenencia, satisfacción y orgullo con esta, compromisos y participación en las prácticas sociales y culturales propias. En este sentido, la identidad local constituye un espacio que adquiere significado porque las personas se vinculan a él gracias a procesos simbólicos y afectivos que permiten la construcción de lazos y sentimientos de cooperación y solidaridad. Las identidades locales adquieren sentido, valor y fuerza no por sí solas, sino porque son espacios significativos para que las colectividades construyan los desarraigos y los nuevos arraigos.

La gestión cultural, como proceso que crea condiciones para que la cultura se desarrolle, tiene que reconocer la identidad como un factor indispensable en todo el movimiento del desarrollo sociocultural de las comunidades del Caribe, porque el espacio de la cultura, como constante histórica donde se desenvuelve la condición humana, presenta un conjunto de elementos como la particularidad, la diversidad, la discontinuidad, heterogeneidad y la multiplicidad que deben, entre otros, ser utilizados para atemperar los procesos de gestión cultural en correspondencia con múltiples formas culturales que se reconocen, se interrelacionan, se reafirman, se entrecruzan, se transforman, y tienen códigos de identificación disímiles en las naciones y territorios del Caribe.

Los problemas asociados a las características actuales de las naciones, territorios y pueblos del Caribe, exigen una mirada diferente y deben ser objeto de una valoración que modifique los conceptos tradicionales, se ha de tomar en consideración el dinamismo con que se mueven los procesos de identidad

cultural para direccionarlos hacia la participación y la integración de las comunidades, en la búsqueda, apremiante, para concretar, desde la cultura, un diálogo en la diversidad, así como el autorreconocimiento y la auto valoración para trabajar por el desarrollo cultural.

La gestión cultural ha de incorporar, con fuerza, los elementos intangibles de la identidad, esos que se dan en el individuo y en los grupos comunitarios, tales como la conciencia, la memoria, el sentimiento, la vivencia y el arraigo para movilizar, para promover expectativas de calidad de vida, para preservar una idea clara acerca de quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos, ya que “el arraigo nos abre la posibilidad del sentido y la necesidad de los proyectos; proporciona fuerza inspiradora a las acciones humanas, en la construcción de un mundo común” (Amal & Pacha, 2005, p.15).

Dada la asignación de pluralidad-globalidad cultural que caracteriza la sociedad contemporánea, entre otros rasgos distintivos, es necesario evaluar la convivencia de culturas a nivel de territorio nacional; no hay que perder de vista el fenómeno de la identidad, y con mayor fuerza en el Caribe, para, de hecho, asumir la valoración más apropiada y objetiva respecto a la diversidad humana. Las identidades culturales en las sociedades tradicional y moderna se presentan en formas diferentes.

En las sociedades de corte tradicional, la comunidad local, las cosmovisiones religiosas y la tradición, generan un ambiente de confianza que permite la construcción de la seguridad ontológica de la persona como parte integrante de un grupo social. El tiempo se percibe como circular por lo que se percibe la continuidad de la tradición; mientras el espacio geográfico es vivido en su dimensión de localidad o terruño.

En las sociedades modernas, sin embargo, se produce un desencantamiento del mundo. Predomina la razón instrumental, la secularización y la burocratización. Los garantes de la seguridad ontológica de las so-

ciudades tradicionales son reemplazados por las relaciones personales de amistad y de intimidad sexual, por los sistemas de conocimiento abstracto que manejan los expertos y la orientación al futuro. El tiempo pierde el carácter circular, ya que se entenderá como un tiempo lineal y el espacio se vacía de localidad en la medida que se representa por medio de coordenadas matemáticas. (Kogan & Tubino, 2004)

En la primera concepción, la capacidad humana de la cultura está más ligada al conjunto de sentidos, símbolos y significados que se han gestado en los imaginarios sociales, formando parte de una memoria compartida y de una conciencia histórica vivida como sentimiento de comunidad, como es en el caso de los territorios y naciones del Caribe. En la segunda, se vislumbra un proceso de desarrollo simbólico relacionado con los cambios de la realidad económica, política y socio-cultural, entonces, la identidad cultural tiene que ser comprendida en correspondencia con las otras y con las que hoy toman fuerza y se refieren a género, sexo, etnia o raza. Entre ellas existe un vínculo conceptual y práctico absolutamente necesario, a tal punto que no podemos concebir unas sin las otras. Por ello, el respeto a las identidades particulares es requisito para la sociedad plural que, necesariamente, asume el respeto a las diferencias sobre el principio de construcciones culturales. Estas rompen el concepto ilustrado de tolerancia por el de reconocimiento. Si bien la tolerancia expresa respeto a lo diferente, el reconocimiento supone respeto y aprecio a lo diferente. En contraste con la tolerancia, el reconocimiento admite la comprensión del otro, colocarse en el lugar del otro, ver el mundo desde el punto de vista del otro. Luego, la comprensión hay que entenderla como un esfuerzo no solamente cognitivo, sino básicamente afectivo fundado en la empatía. El ser humano necesita del reconocimiento social para lograr auto apreciarse, y de esta manera, desarrollar sus capacidades. La identidad personal también se moldea con estos conceptos.

La identidad cultural en el Caribe es un código y un repertorio de lenguajes, de opciones, de asociaciones que ofrecen la opción de estar los unos frente

a los otros. En el ámbito de la vida pública es donde se hacen imprescindibles las políticas de reconocimiento de las identidades o políticas de la diferencia como una necesidad vital impostergable de todos los grupos culturales del Caribe. Estas políticas se basan en el principio de la discriminación positiva⁷ o discriminación a la inversa. Se trata de generar relaciones de equidad y simetría, legislando a favor de los sujetos que ocupan un espacio social desconsiderado o marginal. Es aquí cuando hay que estar alertas, pues la globalización, lejos de desdibujar esas fronteras culturales, esgrime mecanismos institucionales hegemónicos para mantenerlas.

La globalización, con su desarrollo científico-tecnológico y comunicacional, logra interconectar el mundo de acuerdo a los intereses hegemónicos de los centros de poder, provocando niveles notables e insoportables de inclusión/exclusión a nivel mundial. De manera que ha vuelto la cultura un espacio de acción estratégica, con una retórica que simula comprender las tensiones generadas, pero que las componen-descomponen-recomponen en el rejuego de “estar juntos” para franquear la crisis permanente desde donde emergen. De ahí, que a partir de la diversidad cultural, de las historias y los territorios, de las experiencias y las memorias, es donde no solo se resiste, sino se negocia e interactúa con la globalización, y desde donde se acabará por transformarla.

Estos juicios ayudan a que los territorios y naciones del Caribe conviertan hoy a las identidades en un incentivo y espacio de lucha, inseparable de la demanda de su propio reconocimiento y sentidos; para que también las reconozcan estratégicamente como una fuerza que introduce contradicciones en la hegemonía del mercado, de las comunicaciones, y de la globalización.

⁷ Rawls (1997) supone, a propósito, que la discriminación positiva es consecuencia de ciertos principios –básicos para él– de una concepción política (¿políticamente correcta?) de justicia distributiva.

En este sentido Jesús Martín-Barbero expresa:

La multiculturalidad nombra el estallido con que las comunidades culturales responden a la amenaza que lo global proyecta sobre la diversidad y las contradictorias dinámicas que moviliza, esto es la resistencia como implosión y a la vez como impulso de construcción. (...) La globalización exaspera y alucina a las identidades básicas, a las identidades que echan sus raíces en los tiempos largos. (...) También en los países democráticos se produce actualmente una fuerte exasperación de las identidades, como la que se manifiesta en el trato de enemigo que los ciudadanos de los países ricos dan a los inmigrantes llegados del sur (...). (Martín-Barbero, 2005, p.35)

Parece que el levantamiento de las fronteras que delimitan los países, tanto en territorio como en sus ideologías políticas, sus construcciones culturales y otras, ha mostrado las contradicciones del discurso de los centros de poder de occidente, y en esa dirección, cada individuo, país, comunidad y grupo social, siente la amenaza de estar junto a los otros y esto no solo reproduce la exclusión en la forma de frontera, sino también de distancias en límites espaciales que colocan a cada hombre y mujer en su lugar de origen.

En la profunda ambigüedad del revival identitario no habla sólo la revancha, ahí se abren camino otras voces alzadas contra viejas exclusiones, y si el inicio de muchos movimientos identitarios es de reacción y aislamiento también lo es su funcionamiento como espacios de memoria y solidaridad, y como lugares de refugio en los que los individuos buscan una tradición moral desde la que se proyectan alternativas comunitarias y libertarias, capaces incluso de revertir el sentido mayoritariamente excluyente que las redes tecnológicas tienen para las mayorías, transformándolas en potencial de enriquecimiento social y personal "Deconstrucción de la crítica: nuevos itinerarios de la investigación". (Martín-Barbero, 2005; p.35)

TENSIONES ENTRE GLOBALIZACIÓN E IDENTIDAD CULTURAL

La globalización pone en juego no solo una mayor circulación de productos sino una rearticulación profunda de las relaciones entre culturas y entre países, mediante una des-centralización que concentra el poder económico y una des-territorialización que hibrida las culturas. De este modo, se convive al interior de la sociedad con códigos y relatos muy diversos.

Ante el prisma de una época denominada por muchos como postmoderna y reconociendo los peligros y amenazas que ello implica para la humanidad, se ha de reflexionar sobre la importancia que adquieren los enfoques y perspectivas que visualizan los procesos y estudios de identidad cultural, en días donde se profundizan las infranqueables brechas entre países del llamado primer mundo y otros que no encontrarían clasificación.

Hoy en día el tema de las identidades culturales y la interculturalidad se ha vuelto central tanto en el debate académico como en el debate público sobre políticas estatales. Es posible que el interés por las identidades culturales se haya acrecentado entre otros, debido a los efectos de la globalización, ya que las nuevas tecnologías de la comunicación nos hacen evidente algo que antes permanecía opaco: el multiculturalismo. De hecho, la internet y la televisión por cable nos han mostrado que no sólo el mundo está poblado por habitantes con diversas culturas; sino que incluso, dentro de cada estado nacional encontramos diversidad cultural. Así, podemos registrar aproximadamente la existencia de 184 países, 600 familias lingüísticas y 5000 grupos étnicos. Sin embargo, es cierto también que la evidencia del multiculturalismo ha generado apuestas diversas sobre sus efectos. Para algunos, es posible la homogeneización de las culturas a partir del modelo occidental; para otros se sucederán fenómenos de hibridación, es decir, de interpretación de los elementos de fuera para ser incorporados dentro de la propia cultura; mientras otros, advierten una respuesta cerrada frente a la globalización a través de propuestas fundamentalistas. (Kogan & Tubino, 2004)

Los pueblos caribeños reafirmaron sus identidades con el rescate de valores, hábitos, costumbres y actitudes propias de cada cultura, la creación cultural que aportaron en muchas regiones se constituyó en un freno para los conquistadores que tenían como fin, borrar las huellas de identidad nacidas en esas tierras, que, en todos sitios, fue el fruto de una mezcla de diferentes culturas y etnias que manifestó como resultado el proceso de transculturación.

La imagen de ese complejo sincretismo admite la comprensión de todas las expresiones culturales y formas afines, nacidas de la sensibilidad del hombre del Caribe, que durante muchos años desarrolló esa identidad de manera incierta e imprecisa, por el sometimiento al poder colonial de naciones europeas como España, Holanda, Gran Bretaña y Francia.

La transculturación entre las diferentes culturas fue enorme, así que el prejuicio diferenciador que pretendía presentar a una cultura superior respecto a la otra fue vencido por la necesidad de convivencia mutua en un espacio geográfico afín.

En el espacio Caribe coexisten en un mismo tiempo histórico diversas formas y expresiones culturales. Muchas de las características de esas expresiones sobreviven a un tiempo histórico social por tradiciones y costumbres que están adheridas en el modo de vida y en otros componentes culturales, tales como la sociabilidad, el sentido del humor, la pasión por los juegos, la asimilación del ritmo, la danza, las fiestas, las artes plásticas, la música propia, la religión, la superstición y la curiosidad por todo lo novedoso, son características que emergen en la mentalidad común del caribeño.

El deporte, en su carácter recreacional sirve de ejemplo para demostrar la multiplicidad cultural del pueblo caribeño. La variedad de juegos deportivos que se practican en la región del Caribe poseen influencias indígenas, europeas y hasta africanas. Del mismo modo, la música, la poesía y las artes son

un denominador común en los círculos sociales de la zona, que se integra a la experiencia caribeña. Recordemos los planteamientos de Derek A. Walcott (2017) cuando se cuestionaba ¿qué nos une como caribeños?, y este sostenía que nosotros estábamos vinculados a través de las emociones y la cultura.

En el Caribe existen multiplicidades religiosas, además de católicos, evangélicos, protestantes, adventistas, judíos y mormones, hay otras creencias como: el vudú en Haití, la brujería en República Dominicana, la santería y los cultos espiritistas mayormente en las islas de Cuba, República Dominicana, Santa Cruz y Puerto Rico. Asimismo, se incluye el culto rastafarian mayormente encontrado en Jamaica y Barbados, los *dreads* de Dominica y los *shouters* de Trinidad y Tobago.

En el Caribe se manifiesta una identidad cultural que vale para diferenciarse de los que no son caribeños y para la autoafirmación y reconocimiento de su historia, una historia de dominación por distintas metrópolis extranjeras que establecieron la plantación esclavista con todas sus formas. Esa región fue cuna de una identidad sincrética con un fundamento multicultural, multilingüe y multirreligioso. El Caribe no solo es hispanoparlante, sino que coexiste con el holandés, el inglés y el francés. En la región caribeña se hablan todos estos idiomas y otros dialectos como por ejemplo, el papiamento (Gaztambide Géigel, 2006).

Si bien es cierto que existen rasgos diferenciadores en el Caribe, también hay, al mismo tiempo una condición de la identidad caribeña, que se puede comprender de la siguiente forma: La adaptabilidad, la inventiva y creatividad, la reciprocidad, la tradición, el espiritualismo, la cultura del cuerpo y el cosmopolitismo cultural.

La adaptabilidad de los grupos culturales del Caribe está dada en su interrela-

ción con la naturaleza, ellos la colocaron de acuerdo a sus necesidades y utilizaron de ella las condiciones físicas y naturales en un proceso de intercambio permanente que permitió la transformación de ambos, sin perder de vista el cuidado y conservación del ecosistema para su subsistencia.

La inventiva, la creatividad en el Caribe ha sido la mejor y más significativa respuesta a la imposición cultural del amo colonizador, incapaz de detener la resistencia y conciencia histórica de estos hombres que de diferentes sitios del mundo construyeron un destino común.

La reciprocidad fue una construcción necesaria; significó ayuda, cooperación, sentido de lo humano por el otro y por los otros. Se construyó desde sentimientos de amistad y mismidad que, convertido en un modo de comportamiento permanente, caracterizó la práctica cultural y social que protegió la supervivencia.

La cultura del trabajo nació con los antecesores, pueblos africanos, indígenas, asiáticos y hasta europeos, que se articularon desde el inicio para mostrar gran disposición por el trabajo intelectual y manual. Esta es la primera condición para luchar contra las políticas de consumo que quieren imponer y que son ajenas a la propia idiosincrasia caribeña.

La tradición esencialista dada en un desarrollo cultural tangible, donde cada grupo aportó lo principal y más notable de su mismidad para conformar la otredad, es un elemento interesante de la personalidad caribeña como señal identitaria.

El espiritualismo del hombre Caribe reconoce en la defensa de la cosmovisión del mundo la naturaleza de su propio materialismo, y esto no está confrontado con su espiritualismo. Por el contrario, existe una

estrecha relación entre ambos. Su vida espiritual está combinada por su amor a la naturaleza y su adoración espiritual reconoce al mismo tiempo su devoción material. (Montiel, 1995, pp.39-42)

La cultura del cuerpo, entretejida en el Caribe, colocó a disposición de las otras sus bailes, ritmos, instrumentos musicales, canciones, y otras, lo cual ha enriquecido la expresión musical de estos pueblos que son melódicos y rítmicos.

El cosmopolitismo cultural en el Caribe mostró que el mestizaje es el primer movimiento moderno, cuando se vencen prejuicios, cuando la tradición medieval se fractura y se pasa a otra cosa: la relación entre hombres y mujeres diferentes. Somos cosmopolitas porque a lo que nos dio la madre América por su tierra, su geografía y su cultura, se sumó la cultura que viene de Europa, Asia y África. (Edgar Montiel, 1995, pp.39-42)

Los pueblos del Caribe mantuvieron una amplia capacidad de resistencia, lo que Lezama Lima llama “capacidad de reconquista”; allí se dieron cita y se encontraron las más diversas civilizaciones, etnias, nacionalidades y culturas.

Ese encuentro de civilizaciones justamente permitió la evolución y cristalización de las culturas caribeñas y por tanto la gran riqueza que portan, recalca Rigoberto. Una multiplicidad de identidades culturales han conformado la posibilidad de reconocernos en una suerte de identidad supranacional, en las que, advirtiéndose las diferencias, semejanzas, condicionadas por procesos históricos y claves identitarias como por ejemplo la rica impronta africana, nos hace reconocer cuanto en lo propio está lo diverso. (López, 2016)

La interpretación que se le ha dado a la famosa quintilla de Fray Juan Vásquez,

y que no ha rebasado nunca el marco político de la concepción que se expresa, termina la exposición de este capítulo, que deja abierta miles de teorías, criterios y reflexiones sobre la identidad cultural del Caribe. La quintilla, dice así:

Ayer español nací
A la tarde fui francés
A la noche etíope fui
Hoy dicen que soy inglés
No sé qué será de mí. (Vázquez; citado por Mateo, 2010)

CARIFESTA. MANIFESTACIÓN VIVA DE IDENTIDAD CULTURAL

Uno de los movimientos culturales importantes en el Caribe se refleja en la celebración de CARIFESTA (Acrónimo de *Caribbean Festival of Arts*) o Festival de Artes del Caribe, un evento multicultural realizado periódicamente, cada 3 o 4 años, por los países del CARICOM y del Caribe con el objetivo de reunir escritores, artistas, músicos y exhibir las manifestaciones folclóricas y culturales de la región.

Las tres principales consideraciones con respecto a la puesta en escena de CARIFESTA fueron:

- El Festival debe ser fuente de inspiración y debe ofrecer a los artistas la oportunidad de discutir entre ellos técnicas y motivaciones
Debe ser educativo ya que los pueblos del Caribe estarían expuestos a los valores que surgen de las diversas formas de arte y debe relacionarse con la gente, y ser entretenido en una escala y de una manera que prevalezca en la gente del Caribe.
- El festival de creación regional se celebró por primera vez en Georgetown, Guyana, en 1972, atrayendo artistas creativos de más de 30 países del Caribe y América Latina.
Es una celebración de la diversidad étnica y racial, que por separado y colectivamente ha creado expresiones culturales que son maravillosamente únicas para el Caribe.

- La vida del pueblo cultural de CARIFESTA se pretende que sea una mezcla de los Estados de la Comunidad del Caribe (CARICOM); todo el Caribe, América Latina y una representación de África, Asia, Europa y América del Norte.

Es una visión de los pueblos con raíces profundas en Asia, Europa y África, que se unen para llevar a cabo sus formas de arte y literatura que están inspiradas por el propio temperamento peculiar del Caribe; pinturas extraídas de la ecología tropical, asombro inspirador, y la herencia de nuestros antepasados visionarios.

Los objetivos de CARIFESTA son:

- Reafirmar la importancia de las artes como fuerza unificadora en la construcción de una sociedad recta.
- Profundizar la conciencia y conocimiento entre la gente de la Región Caribeña sobre las aspiraciones culturales de sus vecinos, exponiéndolos a la cultura de cada uno por medio de actividades creativas.
- Desarrollar el contenido de nuestra cultura regional, así como sus formas estéticas.
- Fomentar la máxima participación de los pueblos en lo que es la cultura y artes de la región.
- Infundir la organización de actividades continuas tales como festivales locales y así mejorar constantemente los estándares.

Los países donde se ha realizado el CARIFEST son:

Tabla N° 1
Eventos CARIFEST, Tomado de (CARIFESTA, 2012)

Lista de CARIFEST Hostings		
CARIFEST	Fecha	Anfitrión
CARIFEST I	Agosto 25-septiembre 15, 1972	Guayana
CARIFEST II	Julio 23-agosto 2, 1976	Jamaica
CARIFEST III	1979	Cuba
CARIFEST IV	19 julio-3 agosto, 1981	Barbados
CARIFEST V	22 de agosto-28, 1992	Trinidad y Tobago
CARIFEST VI	Agosto de 1995	Trinidad y Tobago
CARIFEST VII	17 de agosto-26, 2000	San Cristóbal y Nieves
CARIFEST VIII	25 de agosto-30, 2003	Surinam
CARIFEST IX	Septiembre de 2006	Trinidad y Tobago
CARIFEST X	22-31 agosto 2008	Guayana
CARIFEST XI	Cancelado	Las Bahamas
CARIFESTA XII	16 a 26 agosto, 2013	Surinam
CARIFESTA XIII	21 a 30 agosto 2015	Haití
CARIFESTA XIV	17 de agosto-27 de 2017	Barbados